

lengua castellana. No se pretende convencer á nadie de nada, antes bien de acrecentar el número de polemistas españoles que quieran descender á la raíz y elevarse á la cima de este inmenso acaecimiento. En estas horas trágicas, ningún espíritu tiene derecho á la paz, y menos á la deserción. La inquietud, y aun la exaltación, son deberes de todo ciudadano europeo. Europa atraviesa por una de las crisis más radicales de la historia. En este trance, ningún hombre que quiera vivir plenamente su momento histórico puede tener en su espíritu espacio para otra preocupación que la de los fundamentos de las sociedades humanas. Una vasta red de graves, profundos problemas—derecho, nacionalidad, imperalismo, federalismo, democracia—apresa á los espíritus más densos de Europa. Quien esté fuera de esa red es que vive vegetativamente al margen de la historia y no tiene de hombre más que la hechura corpórea. La neutralidad, que es una aberración nacional frente á la guerra militar, es una aberración mental frente á la guerra ideológica. Sólo la polémica, la guerra espiritual dentro de la guerra material, idealiza ésta é ilumina su significación histórica.

LUIS ARAQUISTAIN

Madrid, Mayo de 1915.

LOS ORIGENES

I

Sarajevo ó la causalidad histórica.

Ante un hecho social ó intersocial, hoy no nos conformamos con decir, como en los días de Hegel, que es una manifestación del espíritu absoluto realizándose en la historia. Ya no es un emperador el espíritu universal á caballo. El mismo proceso ideológico que experimentó el hombre ante el universo, asaltándole y evacuando con su razón madura todos los entes con que le había poblado su misma razón infantil, está sufriendo ahora ante la historia.

Su pensamiento primitivo animóla primero de ciegas, sobrehumanas fuerzas invisibles; durante milenios (y todavía hay para muchos) la historia perteneció al dominio de la metafísica, de las cosas transcendentales. Pero también el espíritu maduro del hombre ha puesto sitio á este reducto y ha desalojado de su interior no pocos de los entes entronizados allí por una ingenua humanidad irreflexiva. La historia tiende á convertirse de metafísica en cien-

tífica; donde antes sólo se admitía lo arbitrario y lo inexplicable, se busca hoy la ley; á la vieja fatalidad determinada por fuerzas suprasensibles ha sucedido una causalidad de hechos concretos.

Esta nueva manera de entender la historia nos capacita para explicar sus hechos. Aquí tenemos, por ejemplo, el conflicto inicial entre Austria y Serbia. Apliquémosle el principio de la causalidad histórica. En la conciencia de todo el mundo está que la causa de ese conflicto fué el sacrificio de los príncipes herederos de Austria á una conspiración serbia en Sarajevo. Pretendió Austria castigar á Serbia, porque Serbia no quiso castigar á los asesinos ó á sus instigadores. ¿Es esta la verdad? Sólo una media verdad. Examinémosla.

Cierto es que el gobierno serbio se había mostrado benévolo con los conspiradores. ¿Cómo se explica esto? Se explica teniendo en cuenta que el príncipe Francisco Fernando era el obstáculo mayor á la política expansiva de Serbia. ¿Y qué interés tenía el malogrado futuro emperador austriaco en oponerse á esta expansión serbia? Dos y profundos intereses eran los suyos. Dos, y también profundos, son los intereses que animan á la política expansiva de Serbia. Tiene este pueblo un vital ideal de comercio: abrirse paso hasta el Mediterráneo para dar salida á su abundante riqueza agrícola. Pero esta salida causaría una dura competencia económica á Austria y Hungría, que también son prueblos preponderantemente agrícolas. A Austria le interesa, pues, mantener alejada del mar á Serbia. Por eso se anexionó Bosnia-Herzegovina, antigua provincia serbia que roza el Mediterráneo. Por esto también,

al término de las guerras balcánicas, Austria echó sobre la balanza de la política internacional toda su influencia para evitar que Serbia extendiese sus dominios hasta el mar.

La otra tendencia de la política expansiva de Serbia consiste en atraerse á los serbios y, en general, á la población eslava que hoy está incorporada á la monarquía austro-húngara. El reciente desarrollo económico y los más recientes triunfos balcánicos han despertado y espoleado en el alma de los serbios el ideal nacionalista de una Gran Serbia, de una nación que reúna á los serbios independientes y á los que pertenecen á la monarquía dual. Este ideal nacionalista—que no existiría sin una base económica, pues no hay nacionalismo que resista una desventaja de intereses materiales—tomó en estos últimos tiempos expresión violenta. Publicóse una vasta literatura contra Austria y se la hizo circular profusamente por todas sus regiones eslavas. Esta campaña culminó en la tragedia de Sarajevo, precisamente la capital de Bosnia, la provincia usurpada á Serbia. En Francisco Fernando se hirió el alma de la política internacional austriaca, al que mejor representaba los intereses económicos y políticos—en el fondo, una misma cosa—de Austria frente al poder expansivo de Serbia.

Austria dijo entonces que quería vengar la muerte de sus príncipes. Esta es, repetimos, sólo media verdad. La otra media se desprende sin esfuerzo de todo lo dicho: no sólo se trataba de vengar el asesinato de Francisco Fernando, sino de utilizarle como pretexto para avanzar un paso más en la que

fué su política, esto es, para asestar un golpe á Serbia y detenerla en su doble expansión hacia el Mediterráneo y hacia Hungría. ¿No está claro el juego de las fuerzas económicas?

Entre Austria y Serbia se alzó la protectora de ésta, Rusia. Del mismo modo que, en los pasados siglos, Serbia estuvo al amparo de Austria frente á los turcos, está hoy al amparo de Rusia frente á los austriacos. El precio de la protección de Austria fué entonces la esperanza de incorporar un día á todo la nación serbia, y acaso sea ese también el precio de Rusia al prestar su apoyo á los serbios. Es un ideal temerario y de realización improbable; pero no habría que sorprenderse si los jefes de Rusia sueñan con absorber, de grado ó por fuerza, todos esos pueblos de raza eslava extendidos al Este de Europa y con dilatar sus dominios hasta el Mediterráneo. De todos modos, sólo un ideal así y posibles ventajas económicas inmediatas explican esta protección de Rusia, pretexto de la conflagración europea.

Tal es la serie causal de hechos que determinó el conflicto austroserbio. Fué un conflicto de intereses económicos que sólo afectan á Austria y Serbia; ni siquiera á todos los austriacos ni á todos los serbios, sino, en Austria y Hungría, á una clase de grandes señores territoriales, y en Serbia, á una nueva clase capitalista, que va amontonando en su provecho los frutos del rápido desenvolvimiento social. A ningún pueblo europeo —exceptuando ese vago ideal ruso de que hablábamos— se le había perdido nada entre Austria y Serbia. Y, sin embargo, por esa causa originaria ha estallado la guerra

europea. La ciega causalidad histórica está reduciendo á ruinas á todo un Continente.

Pero un síntoma consolador, universalmente registrado, apareció como una revelación histórica. Vencido temporalmente el proletariado como clase rebelde, el capital—el que vive de la paz y no de las industrias guerreras—se alzó con gestos de indignación epiléptica frente al conflicto europeo. El simple enunciado de la palabra trágica hizo bambolear la frágil columna que sostiene la economía universal, el crédito, y grandes trozos del edificio se vinieron al suelo. Entonces se enteraron muchos de que el oro y la plata acumulados en las cajas apenas representan una cuarta parte del papel en circulación, de este pobre papel que nada sirve sin crédito, esto es, sin paz. No ya la guerra, sino su anuncio, bastó para desquiciar la industria y el comercio internacionales. Y no sólo esto: quebrantado el crédito, depreciados los valores y retirado el oro de los Bancos á las casas, los mismos gobiernos europeos tropezaron con serias dificultades para llevar adelante la guerra.

En esta actitud del capital—que secundará el proletariado cuando vuelva en sí mismo—veo yo la conciencia del hombre haciéndose clara sobre el desenvolvimiento histórico. Hasta ahora faltaba al hombre esa conciencia y se dejaba arrollar por ciegas fuerzas históricas. Tener conciencia de la historia no significa sino dirigirla; como tener conciencia de las fuerzas naturales equivale á gobernarlas y hacerlas dóciles á los fines del hombre.

II

Alemania da carta blanca á Austria.

¿Quién tiene tiempo de volver sus ojos á los orígenes de la guerra? Los ojos de la cara buscan en los mapas la línea movediza que va trazando con ríos de sangre la varia fortuna de las armas. Los ojos del espíritu sondean el porvenir y buscan las líneas del futuro mapa político de Europa. Para el pasado, no tenemos ojos. Los orígenes nos importan poco. Pero hagamos un esfuerzo. Ante mis ojos tengo una traducción inglesa del Libro Blanco de Alemania. Es la apología que Alemania hace de sí misma ante el tribunal de la historia. Precioso documento. El y los otros Libros Blancos publicados por las demás naciones con idéntico propósito apologético forman la espesa maleza diplomática donde la historia ha de buscar, con paciencia y reposo de espíritu, los escasos granos de la verdad. El valor de cada uno de estos Libros Blancos no puede justipreciarse hasta que estén publicados todos los

demás. Unos nos dicen lo que los otros no dijeron, ó lo que por respeto á la verdad, no debieron decir. En parte se complementan, en parte se destruyen mutuamente. Son versiones de un mismo 'hecho' visto á través de distintos prejuicios, opuestos intereses, diversos grados de inteligencia, diferentes grados de moralidad.

La labor de comparar microscópicamente todos estos Libros Blancos, para eliminar falsedades y errores, para descubrir omisiones y para poner de manifiesto el fundamento de la historia, ó sea, el motivo ó motivos psicológicos de sus protagonistas, no es la que aquí queremos emprender. Baste con un breve examen del Libro Blanco alemán, aisladamente. Debemos este tributo á los alemanes, que no se cansan de decir que, si la mayor parte del mundo les juzga mal, es por ignorancia de lo acontecido cuando no por errores bebidos en las envenenadas fuentes informativas de sus enemigos. Precisamente el mismo ministerio de Estado alemán hizo traducir su Libro Blanco al inglés, para destilar la verdad en el espíritu de los norteamericanos. Sobre la sintaxis y hasta sobre la ortografía de este inglés de la burocracia alemana, se advierte una huella parecida á la que las tropas prusianas han dejado á su paso por Lovaina, Malinas y otras ciudades belgas y francesas. Pero en estos momentos, sería pueril ofrecer una excesiva severidad filológica. El inglés del Libro Blanco alemán se hace entender. No estará de más confrontarlo con la *Denkschrift* original, cuando llegue á nuestras manos. Pero el espíritu está bastante bien traducido, y eso es lo que importa.

Titúlase el folleto *Razones de Alemania para la guerra con Rusia (Germany's Reasons for war with Russia)*, y debajo se lee este subtítulo: *Cómo Rusia y su soberano traicionaron la confianza con Alemania, y por consiguiente, hicieron la guerra europea.* Ya este subtítulo es en extremo significativo. El folleto fué escrito al comienzo de la guerra, cuando los alemanes la atribuían, según ese subtítulo, á Rusia, la asiática. Hoy han cambiado mucho las cosas. Hoy no es ya Rusia la responsable, sino Inglaterra, la mercantil y la pérfida. ¿Cómo no vieron esto al principio? Pero internémonos en el Libro Blanco. Consta de una introducción, de la nota de Austria á Serbia, de la contestación de Serbia á Austria, con los comentarios de ésta, y de las comunicaciones telegráficas cambiadas entre el Gobierno de Alemania y sus embajadores en el extranjero. La introducción es la parte más importante.

Claramente se ve por este documento, que Austria presentó su ominosa nota á Serbia con la absoluta aquiescencia de Alemania. Después de describir someramente la supuesta campaña pérfida de Rusia en los Balkanes, alentando la política agresiva de Serbia contra Austria y Hungría que, á su juicio, culminó en el crimen de Sarajevo dice el Gobierno alemán: "El Gobierno imperial y real (de Austria y Hungría) enteró á Alemania de esta concepción y pidiónos nuestro parecer. Convinimos de todo corazón con el cálculo que nuestra aliada había hecho de la situación, y le aseguramos que sería aprobada por nosotros toda acción que se considerase necesaria para acabar con el movi-

miento serbio dirigido contra la conservación de la Monarquía (austriaca).“ Y un poco más adelante, dice: “Nosotros, por lo tanto, dejamos á Austria en completa libertad de acción (*permitted Austria a completely free hand in her action*) contra Serbia, pero no hemos participado en sus preparaciones.”

Alemania, para sacudirse la tremenda responsabilidad de la guerra europea, no ha querido confesar que conocía la nota de Austria á Serbia. Pero peor que haberla autorizado concretamente, es haber dejado á Austria en completa libertad de acción, que bien pudo haber consistido, al ser completa, en haber atacado á Serbia sin pasar por la fórmula de derecho internacional del ultimátum y de la declaración de guerra. Y en prueba de que la nota no le pareció excesiva á Alemania, he aquí estas otras graves palabras de su Libro Blanco: “Nosotros sabíamos perfectamente que una posible actitud belicosa de Austria-Hungría contra Serbia podría meter en escena á Rusia, y que, por lo tanto, nos podría envolver en una guerra, de acuerdo con nuestro deber de aliados. Sin embargo, no pudimos, respecto de estos vitales intereses de Austria-Hungría que estaban en disputa, aconsejar á nuestra aliada que adoptase una actitud de complacencia incompatible con su dignidad, ni negarla nuestra ayuda en estos días de prueba.” Que yo sepa, á estas enormes palabras en que Alemania se condena inapelablemente á sí misma, no se le ha concedido en ninguna parte la inmensa importancia que tienen. De ellas y de las copiadas anteriormente, se desprenden estas tres consecuencias irrefutables:

1.^a Que Alemania dió carta blanca á Austria para proceder contra Serbia.

2.^a Que Alemania sabía que una actitud belicosa contra Serbia—y no otro podía ser el resultado de su nota—obligaría á Rusia á proceder contra Austria, envolviendo á la misma Alemania, como aliada de Austria, y lógicamente á Francia, como aliada de Rusia; es decir, Alemania sabía que ello ocasionaría la guerra europea.

3.^a Que á pesar de saber esto, Alemania no quiso ejercer ninguna influencia moderadora sobre Austria.

Traducido al lenguaje corriente, ¿no significa esto que Alemania deseaba la guerra europea, ó por lo menos la aceptaba, siendo la única potencia que la veía venir fatalmente?

Ahora bien: ¿valía eso que el Libro Blanco llama la dignidad de Austria un precio tan alto como una guerra europea? Y ante todo, ¿qué es lo que la dignidad de Austria no podía aceptar? Sencillamente, no podía aceptar que Serbia defendiese su soberanía. Serbia, bajo la presión de Rusia, había aceptado la mayor parte de las condiciones abominables de la nota de Austria. Comprendía que era una humillación para el Estado serbio y un atentado contra la libertad de expresión de sus ciudadanos la persecución de la prensa serbia que Austria le imponía; pero accedió á ello. Comprendía que la sociedad Narodna Odbrana ejercía su propaganda política dentro de la ley; pero se comprometió á disolverla. Se sometió á las terribles exigencias de eliminar de su magisterio y de su ejército á maestros y á oficiales que no eran gratos á Austria. Aceptó otras im-

posiciones no menos humillantes, hasta el número de ocho. Lo que se vió obligada á rechazar fueron las condiciones quinta y sexta del ultimátum, en la primera de las cuales se pedía que "se consintiese cooperar en Serbia á representantes del Gobierno imperial y real para suprimir el movimiento dirigido contra la integridad territorial de la monarquía (austriaca)", y en la segunda se demandaba una investigación judicial sobre el crimen de Sarajevo, con el concurso de representantes de Austria y Hungría. Aceptar estas dos condiciones hubiera equivocado á pulverizar la Constitución Serbia y á abdicar su soberanía. En el fondo, la nota de Austria pedía á Serbia que se convirtiera en un Estado feudatario suyo. Rechazar esta infamia era, á juicio de Alemania, hacerse incompatible con la dignidad de Austria.

III

Alemania provoca la guerra.

Cuando Serbia se vió en el trágico dilema de abdicar su soberanía ó de asistir á la invasión de su territorio por una potencia extranjera, se volvió á Rusia pidiendo apoyo. Dejemos ahora el problema de si Rusia acudió en socorro de Serbia por interés político, ó por desinteresada simpatía racial, ó por ambas cosas mezcladas. El hecho es que no fué sorda á la llamada angustiosa de una pequeña nacionalidad en peligro, y esta circunstancia da á Rusia — sean cuales fueren sus pecados pretéritos — un carácter de nación liberadora, lo mismo que á Inglaterra respecto de Bélgica, ó más aún que á Inglaterra, pues ésta estaba obligada á cumplir un compromiso escrito, el Tratado sobre la neutralidad belga, y Rusia obró por propio impulso de conciencia.

Alemania no pudo comprender que Rusia interviniese en el conflicto austro-serbio. Sin embargo,

en los primeros párrafos del Libro Blanco, como hemos visto más arriba, Alemania declara, contradiciéndose, estar segura que una actitud belicosa de Austria contra Serbia pondría en juego á Rusia. De ser esto cierto, Alemania habría cometido el mayor crimen de la Historia, pues ello equivaldría á haber provocado deliberadamente la guerra europea. La otra alternativa es que, en efecto, la provocó, pero por torpeza, sin tener conciencia de ello. El factor decisivo en el proceso de la guerra europea fué probablemente éste: Alemania no creyó que Rusia se decidiría á luchar contra Austria por causa de Serbia.

Dos son los fundamentos de esta hipótesis. Uno, extraño al Libro Blanco, pero del cual no podrá prescindir la historia, consistió en suponer que Rusia no estaba debidamente preparada para una guerra. Sus ferrocarriles estratégicos y la reorganización de su ejército y marina no quedarían completos hasta dentro de dos ó tres años, por lo menos. No estando preparada, Rusia no podría resistir la amenaza de Alemania y cedería en la cuestión de Serbia, como cedió en 1908 en la cuestión de Bosnia y Herzegovina. Esta creencia, que podríamos llamar militar técnica, ha sido una de las fuerzas capitales del desastre.

El otro fundamento fué el desprecio de los gobernantes alemanes hacia la idea de nacionalidad. Sería un estudio embriagante el de seguir á través de la literatura política alemana de estos treinta ó cuarenta años el eclipsamiento gradual de esta idea bajo el dominio creciente de su enemiga, la idea de imperialismo. El Gobierno alemán no comprendía

la intervención de Rusia por causa de una nacionalidad tan insignificante como Serbia. Pero su incompreensión llegó á lo máximo cuando Austria prometió respetar la integridad territorial de Serbia, y eso no obstante Rusia no se dió por satisfecha. Dice el Libro Blanco (página 7.^a): "Después de la explicación oficial de Austria-Hungría á Rusia de que no aspiraba á ninguna ganancia territorial en Serbia-la decisión respecto de la paz del mundo descansaba exclusivamente en San Petersburgo." En el cerebro de los gobernantes alemanes no cabía que Rusia luchase por la soberanía de Serbia, una vez que se le había garantizado la integridad territorial. Lo mismo que en el caso de Bélgica, cuya integridad se hallaban dispuestos á respetar si les permitían destruir pacíficamente su soberanía. Y lo mismo que en el caso de Inglaterra, cuya intervención para defender un Tratado (aparte otros motivos) se han podido explicar aún menos que la actitud de Rusia con Serbia. Los gobernantes alemanes no han visto que la integridad territorial sin soberanía es un fantasma de nación.

Alemania se imaginaba que Rusia carecía de preparación para la guerra, y que, de añadidura, no sentía sino un interés ficticio por la soberanía serbia. Alemania creía que Rusia había tomado una actitud de *bluff*, de fanfarronería, sin ningún propósito verdadero de guerra. De ahí que primero Alemania se esforzara tanto por mantener alejada á Rusia, y después, al no conseguirlo, no quisiera dar ningún paso que tendiese á debilitar la posición de Austria. Siendo, á su juicio, todo ello un *bluff*, si Austria cedía, ello hubiese significado á los ojos

de Alemania esta doble desdicha: por una parte, un triunfo diplomático de Rusia y Serbia; por otra, un debilitamiento de los dos imperios germánicos en las relaciones internacionales. No había que ceder. El despertamiento de esta creencia en el *bluff* fué la guerra europea.

El 26 de Julio, Edward Grey, ministro de Estado de Inglaterra, propuso que se sometiera á una conferencia el conflicto entre Austria y Serbia. A esto hace observar el Libro Blanco: "Nosotros declaramos con respecto á esta proposición que no podíamos, por mucho que aprobáramos la idea, participar en una tal conferencia, pues no podíamos traer la disputa entre Austria y Serbia ante un tribunal europeo." Sin embargo, se trataba de un supuesto crimen de la nación serbia. La acusada misma se había ofrecido, desde el comienzo, á comparecer ante un tribunal. Sólo los denunciantes, ó mejor dicho, sus abogados, no lo querían. Lo más lógico, lo más justo, ¿no hubiera sido traer, no á Austria, sino á Serbia, ante un tribunal europeo?

Alemania rechazó la conferencia. "Fieles á nuestro principio —sigue diciendo el Libro Blanco— de que no se debía extender la mediación al conflicto austroserbio, que debe considerarse como un asunto puramente austrohúngaro, sino á las relaciones entre Austria-Hungría y Rusia, nosotros continuamos nuestros esfuerzos para alcanzar una inteligencia entre estas dos potencias." Es decir, la base del conflicto austrorruso era el conflicto austroserbio: sin embargo, Alemania continuó en sus esfuerzos para solucionar el primero, dejando á un lado el

segundo. ¿Cabe emplear un esfuerzo en una empresa más ilógica?

Edward Grey hizo luego otra proposición: invitar á Austria á que, ó bien aceptase la respuesta serbia como suficiente, ó bien la utilizara como base de nuevas negociaciones. Alemania, que seguramente conocía lo que iba á ser la contestación de Austria, transmitió á ésta el encargo de Grey, y el Gobierno austriaco replicó "muy agradecido á nuestra acción—dice el Libro Blanco—, que había llegado demasiado tarde, pues se habían roto ya las hostilidades". Estos fueron los esfuerzos de Alemania: transmitir un encargo, quién sabe con qué recomendaciones además, cuando las hostilidades estaban ya rotas, seguramente con conocimiento del Gobierno alemán.

Llegamos á la culminación de esta tragedia diplomática. Alemania creyó hasta el último momento que Rusia no se decidiría á la guerra por Serbia. La diplomacia ha llegado á tal punto de confusión de todos los valores morales, que nadie sabe dentro de ella quién dice la verdad y quién no. Desde el principio Rusia declaró que la suerte de Serbia no le era "indiferente", y no hay duda que Rusia pensaba con toda sinceridad lo que decía. Alemania no lo creyó así. Luego, Rusia, después de movilizar, dijo que esto no significaba necesariamente la guerra; bien claro consta en el último telegrama del Zar al Kaiser, al decir que "yo desearía de vos la misma garantía que yo os he dado; á saber, que estas medidas (la movilización) no quieren decir guerra, y que nosotros seguiremos negociando por el bienestar de nuestros dos países". Alemania creyó enton-

ces que Rusia no decía la verdad, que mentía en sus protestas de paz, ó fingió creerlo al presentarla como la causante de todo con su movilización, que destruyó (según el Libro Blanco) "la laboriosa acción mediadora de los Gabinetes europeos". Esto lo dicen los que rechazaron la Conferencia de Grey y no quisieron ejercer sobre Austria la más mínima presión conciliadora.

Pero lo más trágico no es esto aún. Austria se convenció, á última hora, de que Rusia estaba dispuesta á la guerra, á pesar de las seguridades en contra que le había dado Alemania y, especialmente, su embajador en Viena, un rusófobo violento.

El día 1.º de Agosto, Edward Grey telegrafiaba á Sir Goschen, embajador inglés en Berlín, lo siguiente: "El embajador austro-húngaro (en San Petersburgo) declaró (el 31 de Julio) la disposición de su Gobierno á discutir la sustancia (cuestión de la soberanía) del *ultimatum* de Austria á Serbia. M. Sazonof (ministro de Estado de Rusia) replicó expresando su satisfacción y dijo que era deseable que la discusión tuviese lugar en Londres, con participación de las grandes potencias."

Las partes principales, Rusia y Austria, estaban dispuestas á reanudar sus negociaciones el 31 de Julio. Austria se avenía á una conferencia. La guerra estaba conjurada.

El mismo día, 31 de Julio, Alemania, secundariamente interesada en el conflicto, enviaba su *ultimatum* á Rusia, exigiendo su desmovilización. ¿Cómo explicar este acto inaudito en el mismo momento en que las primeras partes se ponían de acuerdo? No puede haber más que dos explicaciones: que Ale-

mania quería á todo trance la guerra y la provocó cuando ya estaba conjurada, ó creyó que su *ultimatum* iba á acabar con el *bluff* de Rusia y con el triunfo diplomático que ésta estaba á punto de ganarse.

Elija cada uno la explicación que más quiera, Otra tercera no la hay. Por lo menos no aparece ni dentro ni fuera del Libro Blanco alemán.

IV

Quando Austria y Rusia iban á entenderse...

El documento escrito por Sir de Bunsen, embajador inglés en Viena hasta estallar la guerra, referente á la ruptura de relaciones diplomáticas entre los Gobiernos de Inglaterra y Austria y Hungría, completa la extraordinaria serie de documentos oficiales ingleses relativos al conflicto europeo y hace más luminosos sus orígenes.

Cuatro son las conclusiones principales que se obtienen leyendo este interesante documento. La primera es que Austria quería á todo trance declarar la guerra á Serbia. Arrepentida de no haberlo hecho en 1908, cuando la anexión de Bosnia y Herzegovina, ó durante las últimas guerras balcánicas, no quería dejar pasar ahora la ocasión que le brindaba el asesinato de los príncipes herederos en Sarajevo. En Viena se sabía que la nota enviada por Austria á Serbia el 23 de Julio hacía inevitable la guerra. Hubo un momento, sin embargo, en que á

Austria llegó la falsa noticia de que Serbia cedía, y la impresión fué deplorable. He aquí las palabras textuales de Sir de Bunsen:

“Ni se esperaba ni se deseaba su aceptación íntegra (de la nota) por parte de Serbia, y cuando á la tarde siguiente (25 de Julio) circuló por Viena el rumor de que había sido aceptada incondicionalmente, hubo un momento de intensa desilusión.”

La segunda conclusión es que Austria confiaba en la neutralidad de Rusia. Los austriacos no creyeron que su actitud hacia Serbia iba á ser el origen de la conflagración europea. Tan grande era la fe en la justicia de su causa, que no supusieron por un momento que ninguna de las grandes potencias pondría obstáculos á su acción. El mismo embajador alemán le había asegurado al inglés el 24 de Julio que Rusia se quedaría fuera del conflicto. Esta creencia del embajador alemán corresponde á la idea, muy corriente en Alemania, sobre todo en los círculos oficiales, de que Rusia no se decidiría á una guerra hasta dentro de un par de años, ó sea hasta que estuviesen terminados sus ferrocarriles estratégicos y reorganizados su ejército y su escuadra.

La tercera conclusión es que Austria, al ver que Rusia movilizaba, trató de rectificar en parte su actitud contra Serbia. En vista de que la supuesta justicia de su causa y la supuesta falta de preparación de Rusia no bastaban para que ésta pasase, como en 1908, por la humillación de no poder ayudar á un país protegido por ella, Austria, temerosa de la responsabilidad y consecuencias de una guerra europea, hizo cuanto pudo para evitarla. Primero se avino á discutir el asunto con Rusia, y después,

como resultado de este cambio de impresiones en Viena y San Petersburgo, consintió “en someter—dice Sir de Bunsen—á mediación los puntos de la nota á Serbia que parecían incompatibles con el mantenimiento de la independencia serbia”.

Y agrega el embajador inglés:

“En realidad, Austria había cedido al fin, y que en este punto ella misma abrigaba buenas esperanzas de una solución pacífica, lo indica la comunicación que le hizo á usted (Edward Grey) el conde Mensdorff (embajador austro-húngaro en Londres) el 1.º de Agosto, al decir que Austria no había cerrado violentamente la puerta á un arreglo ni había cortado las conversaciones.”

Desgraciadamente—esta es la cuarta y última conclusión—, Alemania no estaba animada del espíritu conciliatorio de Austria y Rusia. Fué una desdicha que la discusión sostenida entre Viena y San Petersburgo, y que tan buen término prometía, se transfiriese á San Petersburgo y Berlín. Alemania, como queda dicho, contaba con la absoluta abstención de Rusia. Su movilización contra Austria fué un excelente pretexto que Alemania se apresuró á utilizar para declarar la guerra á Rusia. De este modo evitaba que ésta completase sus ferrocarriles estratégicos y la reorganización de sus fuerzas navales y terrestres. Á Alemania no le afectaba el conflicto más que en tercer lugar, pues su acción iba dirigida contra Rusia, á la cual le afectaba en segundo lugar, y en primer lugar á Austria y Serbia. Eso no obstante, Alemania, cortando toda negociación, declaró la guerra á Rusia el 1.º de Agosto y á Francia el 3. Ironía de las cosas: Austria,